

La elusiva actualidad del Barroco

Eugenio Muínelo¹

Con el dossier monográfico que aquí presentamos la revista *Ingenium* pretende ofrecer distintas perspectivas sobre ese complejísimo fenómeno histórico-cultural que llamamos Barroco. Pero hemos de matizar, antes de presentar cada una de las contribuciones aquí reunidas, que el objetivo del dossier es en cierto sentido doble: si bien por un lado, como decimos, a nivel explícito las aproximaciones al Barroco que encontrará el lector están determinadas por presupuestos y marcos teóricos diversos (aunque se den evidentes intersecciones entre algunos de ellos), y, por lo tanto, puede decirse que uno de los objetivos del dossier es el de proporcionar una mirada plural *al* Barroco; por otro lado, sin embargo, un objetivo adicional sería el de llamarnos la atención sobre la esencia radicalmente plural *del* Barroco mismo.

En verdad, aunque menos obvio que el primero, este segundo sentido del monográfico es de alguna manera el más fundamental, de modo que no resulta del todo adecuado calificarlo de “adicional”. Decimos que es el más fundamental porque es el que confiere unidad y coherencia al conjunto de los textos, cuya compilación no es en consecuencia una mera yuxtaposición inconexa, sino que está dotada de un sentido interno. Sin lugar a dudas, todos los artículos, a pesar de sus divergencias teóricas y metodológicas, comparten un rasgo común: buscan adentrarse en el Barroco, no con afán de llegar a definiciones claras y nítidas, sino a sabiendas de la naturaleza extremadamente *elusiva* y *problemática* de dicho concepto histórico. No quiere ello decir que el Barroco sea una categoría histórica ilegítima e injustificada; más bien todo lo contrario: en tanto que síntoma integral (esto es, manifiesto en todos los ámbitos de la vida histórica: ciencia, arte, religión, política, etc.) de una *crisis* epocal, su correcta intelección nos rinde un conocimiento mucho más valioso de la historia que la de las épocas “normales”, por valernos de la célebre terminología kuhniana. Ese valioso conocimiento lo obtenemos, empero, al precio de la ambigüedad y de la opacidad conceptual que entraña esa abigarrada confluencia de tendencias y actitudes contradictorias entre sí propia del Barroco. Así, pues, nos atreveríamos a decir que el lector no saldrá de su visita a los textos que aquí le brindamos pertrechado con nociones unívocas y taxonómicamente útiles, pero que, ello no obstante, su comprensión del Barroco (y, más

en general, del cambio histórico) sí resultará notablemente enriquecida.

Dos son las virtudes básicas del dossier que queremos subrayar en este nuestro bosquejo sinóptico suyo: por un lado, lo que podríamos llamar su interdisciplinariedad, y por otro, su relevancia para un autoesclarecimiento del presente. En cuanto a lo primero, el lector advertirá de inmediato que las visiones del Barroco que aquí desfilarán trascienden con mucho el canon académico en el que suele estar encorsetado la propia noción de Barroco, esto es, el de la Historia del Arte. Al hilo de los autores contemporáneos que se discuten en cada artículo, el lector se verá enfrentado a distintas caras de lo barroco, todas ellas en inextricable vínculo con todas demás: desde su interpretación –bien sea para exaltarla, bien para denostarla– como cultura específica de la Contrarreforma a su consideración como reacción patética y desesperada al cadavérico mundo de la ciencia físico-matemática, pasando por la exploración de sus implicaciones políticas en tanto que dispositivo teatral neutralizador de los nuevos conflictos sociales de la primera Modernidad; la reunión de cada uno de esos prismas posibilitará un aprehensión cabal y nada ingenua –aunque en absoluto sistemática– de la escurridiza realidad barroca que interpelará a especialistas provenientes de diversas disciplinas (historia, historia del arte, ciencia política, filosofía, ...), así como a cualquier persona con un interés de corte más general en el periodo estudiado.

La segunda virtud a la que nos referíamos tiene que ver con las innegables resonancias contemporáneas que tiene todo lo barroco para quienes habitamos el incierto e inestable horizonte de la Modernidad tardía, como sabemos al menos desde el pionero estudio de Omar Calabrese sobre la era neobarroca. Los autores del dossier no declinan el desafío de continuar por esa senda y, aunque en la mayoría de los casos la contemporaneidad no aparece como expreso objeto de análisis, desde luego, de manera oblicua, sí podemos conjeturar que la analogía entre el Barroco y nuestro líquido e hipermediatizado presente está como trasfondo de muchos de los planteamientos defendidos en las páginas que siguen.

Una vez esbozadas las directrices del dossier, es tiempo ahora de presentar esquemáticamente cada

¹ Eugenio Muínelo es investigador postdoctoral en el Departamento de Filosofía y Sociedad de la Universidad Complutense de Madrid.
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2203-5584>
Email: emuínelo@ucm.es

una de las contribuciones. En el primer texto, Ernesto Baltar se restringe al caso español para dar cuenta de la inagotable problemática barroca, recurriendo para ello a un feliz y eficaz procedimiento: poner de relieve cómo de un mismo fenómeno (la cultura barroca española) se han dado dos visiones diametralmente opuestas, y cómo ello evidencia que todo enfoque unilateral sobre el Barroco cercena algo de su plétórica y agónica intensidad. Así, pues, Baltar recurre a una tercera interpretación que conjugue las dos anteriores y que nos haga ver la necesidad de tener en cuenta la ambivalencia (de ahí, sin duda, lo pertinente de convocar a alguien familiarizado con la teoría psicoanalítica, como es de la Flor) como rasgo constitutivo de lo barroco. Ante el reciente resurgimiento de las viejas y estériles polémicas acerca de la “leyenda negra”, la indicación de Baltar se nos antoja provechosa y sensata.

En el segundo artículo, Viorel Vizureanu cuestiona convincentemente uno de los tópicos más difundidos acerca de la cultura barroca, a saber, que el Barroco fue ante todo una cultura de la imagen, cuyo énfasis primordial estuvo en la dimensión espacial de la experiencia humana. Vizureanu moviliza un arsenal teórico muy heteróclito (Benjamin, Maravall, Mieke Bal) para realizar dicho cuestionamiento, cuya conclusión reza que, bien al contrario, el Barroco inaugura ante todo una nueva experiencia de la temporalidad, y una tal que vuelve imposible la autotransparencia concéntrica del sujeto de la primera Modernidad, preludiando por consiguiente la centralidad que la afectividad corporal y la mediación lingüístico-narrativa tendrán para el sujeto de nuestra Modernidad tardía.

El texto de Paloma Martínez retoma una de las figuras que ya habían comparecido en el artículo precedente, la de Walter Benjamin, para mostrarnos cómo su temprano trabajo de habilitación sobre el drama barroco alemán sobredeterminó todo el ulterior devenir de su pensamiento, hasta llegar a sus conocidas *Tesis sobre el concepto de historia*. Pero, aunque no carezca de interés, no es esta faceta doxográfica el aspecto más relevante y estimulante del texto de Martínez: de sus páginas se desprende

de manera inequívoca una comprensión de la historia como la que hemos intentado describir más arriba, una en la que pasado y presente se iluminan recíprocamente en virtud de la “constelación” que los conceptos históricos forman con el material empírico que organizan. Las lúcidas reflexiones benjaminianas sobre la alegoría barroca nos abren la puerta, así, a una nueva manera de entender la escritura de la historia, una manera que no claudique ante el relato petrificado que de ella han hecho los vencedores, sino que penetre por las fracturas que traiciona todo presente para dejar que en ellas reverberen las voces silenciadas por la catástrofe.

Por último, la contribución de Cristian Iftode busca en el Barroco alguna clave interpretativa que nos permita enfocar bajo un novedoso ángulo la obra de uno de los filósofos contemporáneos de mayor reconocimiento, Michel Foucault. Es en la noción de “pliegue”, tan fecundamente explorada por Deleuze en su libro sobre Leibniz, donde Iftode encuentra aquello que busca, y que le sirve para replantearse el giro que toma la investigación foucaultiana en su última etapa, cuando se sume de lleno en la reconstrucción de los “cuidados de sí” de la Antigüedad grecorromana y de la hermenéutica cristiana del sujeto deseante. Lo que Iftode sugiere es que la ineliminable tensión entre subjetividad y sujeción —o entre poder y resistencia— que atraviesa todo el proyecto foucaultiano es una consecuencia directa de su concepción del sujeto como pliegue, como doblez que genera un punto ciego al que nunca podrá acceder por completo la luz panóptica de la conciencia.

En definitiva, como afirmamos más arriba, el dossier abre nuevos caminos para el estudio del Barroco, al hacerse cargo sin ambages de lo lábil que por fuerza tendrá que resultar toda posible definición del mismo. Con ese ejercicio de humildad, sin embargo, ganamos perspectivas sobre aquella cesura histórica que supuso el Barroco mucho más prometedoras, dado que se muestran mucho más atentas tanto a la multidimensionalidad de dicha cesura, como a lo que ella tiene aún que enseñarnos en una época de crisis —económico-política, ecológica y civilizatoria— como es la nuestra.